

# PLUMA y LAPIZ



NÚM. 100



## EL MENDIGO

En la esquina de tu calle  
me estoy de noche y de día,  
implorando caridad  
de tu alma compasiva.  
Aunque la lluvia me ponga  
como en un baño-maría,  
y aunque el sol con sus ardores  
haga de mí una tortilla,  
ni por nada ni por nadie  
me muevo yo de la esquina.  
En ella siento mis reales  
y, con la mano extendida,  
cuando pasas por mi lado  
digo con voz compasiva:  
—Por el santo amor de Dios  
y por el de usted, amiga,  
hágame la caridad  
de darme una limosnita. —  
Y tú, al pasar, majestuosa,  
en mi mano depositas  
un perro chico y te vas,  
el alma de gozo henchida...  
¡Ay, amor! esa limosna  
no es la que mi pecho ansía;  
pues no son los perros chicos  
lo que mi mano mendiga.  
No me paso yo las horas  
petrificado en la esquina,  
temiendo que me reviente  
una mala pulmonía,  
para lograr de tu mano  
una ofrenda tan mezquina;  
que aunque me hace mucha falta,  
no la busco en ti, mi vida.  
Sea la ofrenda que me haces,  
cuando pasas cada día,  
de otra índole, mujer,  
cual mi alma necesita.  
Sé en tu dádiva, gentil,  
y mucho más compasiva;  
que la limosna que pido  
es tu linda manecita,  
para emplear en tu amor  
lo que me resta de vida.

R. ROURA

cantidad de oro, cociéndolo junto para con aquella masa formar los moldes comunes.

Más allá, las risueñas santas echaban en peroles muchísimas cosas y flores á granel; pero contando historietas y criticando algún tanto, no removían los recipientes. Todo se hacía un pegote, así es que en un lado se amontonaba lo bueno y en otro lo más inferior.

Las pobres almas vaciadas en aquellos moldes se verían llenas de confusiones, debidas á la extraña amalgama de que estaban hechas.

En dulcísima placidez, con verdadero celo, se hallaba María Santísima, con tres vírgenes, revolviendo sin cesar las cacerolas de oro en que hervía el líquido sin rival, en que imperaba inmaculada pureza, la esencia de las virtudes, lo bello, lo sublime. ¡Dichosas las almas que allí se vaciasen!

Unos cuantos angelitos se escaparon del jardín y rodearon á María pidiéndola con insistencia caldito para hacer moldes de muñecas.

Sonrió con bondad la madre de Dios y, no creyendo

que pudiese traer malas consecuencias, les dió unas cacerolas viejas y la orden que todos los sobrantes, la escoria, lo inservible se les facilitase para jugar. Así se hizo y muy contentos se fueron al salón inmediato, se instalaron en un rincón y se entregaron á sus juegos.

El Soberano Artífice fabricaba los moldes privilegiados, en los que con cuidado sumo echaba al Espíritu Santo la esencia de la sabiduría.

Deslumbraba el mirarlos. ¡Qué luces despedían, qué resplandor, qué belleza!

Con delicadísimo cincel se grababan los letreros de músico, pintor, poeta, escultor, etc.

El mismo Dios se recreaba en su obra y encargó que sin distingos ni privilegios, tocarse á quien tocarse, lo mismo en la choza que en el palacio, por cada mil almas vaciadas en los moldes comunes, se hiciera una en los privilegiados.

Viendo que unos angelitos miraban con afán el resto que quedaba en la preciosa cacerola, se les dió también para jugar.

Corren éstos satisfechos con tan hermoso regalo, y al ver aquellos otros moldes tan feos y sin brillo, les ponen con sus rosados deditos una gota del líquido divino.

Los chiquitines, que ven aquella operación, quieren imitar á sus compañeros y en los moldes que hizo



María, en aquellos moldes de pureza y virtud, le plantan un chafarrinote del nauseabundo líquido de la escoria, de lo más malo, riéndose como locos al ver el contraste que forma aquella gota allí colocada, y á toda prisa siguen su faena, hasta ponerla en los que hizo el Señor.

¡Qué terrible travesura! ¡Ni un solo molde perfecto!

Las consecuencias serán espantosas. Las almas puras, hermosas, tendrán aquella mancha, un hálito de impureza, un vago deseo de placeres terrenales.

Los seres que encierran el alma vaciada en los pri-

villegiados moldes, hechos por Dios, descenderán al fango, á causa de la gota de escoria que llevan adosada.

En cambio los seres más bajos, más ruines, más vulgares, tendrán un destello de luz, algún rasgo noble, heroico, hermoso, gracias á la chispita que contendrán del líquido divino.

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR

## UN BAILE Á BORDO

**A**MANECÍA. El puerto de X estaba envuelto por una niebla transparente á través de la que se divisaban multitud de mástiles de los buques surtos en el puerto.

Tres barcas pescadores izaban sus velas triangulares que, hinchándose por la brisa, imprimían movimiento á las embarcaciones que, comenzaron á caminar por aquella gran extensión de agua ligeramente rizada. Algún tiempo después, aquellas esquifes, eran una pequeñas manchas blancas que se destacaban entre el azul del cielo y del mar, allá en el horizonte donde parecen unirse el mar y el cielo.

Un bergantín aprestábase para hacerse á la vela, y se escuchaba el ruido de la cadena del ancla que, rozando la proa, iba elevando aquel gran pedazo de hierro que, momentos antes, descansaba en el arenoso fondo del mar. Libre ya el bergantín de aquella sujeción mecíase gallardamente, avanzando poco á poco y mostrando su elegante arboladura.

El bronco silbato de un vapor, anunció su entrada en el puerto. Cuando todas las operaciones anexas á la de fondear estuvieron terminadas, el capitán, con el auxilio del antejo, dedicóse á mirar la población que surgía allende el mar.

Aprovecharemos este momento para dar á conocer al capitán Rizo, — aunque sabemos no era este su apellido, — y para referir una aventura de su vida, la más importante, la que decidió su destino. El capitán representaba tener cuarenta años de edad: su estatura era muy aventajada, y en toda la persona del marino, en sus desenvueltos movimientos, en su mirada, en sus actitudes, adivinábase al hombre de superior educación.

La tripulación le adoraba; tenía en él un padre más que un jefe: y en una ocasión en que un grumete subía por las jarcias para hacer una maniobra, *perdió un pie* y cayó en



el mar, el muchacho. Antes de que la tripulación, sobrecogida por el espanto, acertase á tomar una determinación, el capitán arrojóse al agua, y momentos después se le vió sosteniendo con el brazo izquierdo al grumete, que estaba sin conocimiento, y nadando con el derecho, llegar á la escalera del buque que asíó con mano segura. Apresuráronse á bajar los marineros y recogieron al grumete: el capitán subió, la tripulación prorrumpió en gritos de entusiasmo, y algunos marineros tomaron las manos de aquel hombre generoso y las llevaron con veneración á sus labios, á la vez que unas gotas tías iban á caer en las manos que besaban.

El capitán Rizo nunca reía. Su noble rostro presentaba un sello de melancolía que jamás le abandonaba.

Siendo joven, enamoróse el capitán de una mujer á la que más tarde hizo su esposa: adoraba en ella y creíase correspondido. El tiempo se encargó de demostrarle lo contrario.

Su azarosa vida de marino, impedíale estar con Rosalía todo el tiempo que deseara.

Llegó una vez en que emprendió un largo viaje. Rosalía habíale despedido llorando amargamente y aparentando estar inconsolable por la marcha de su marido.

Partió el marino, y durante la travesía escribió varias cartas á su esposa, dándole detalles del viaje.

Transcurrieron dos meses, y en ese tiempo, no tuvo Rosalía noticias del capitán.

Más tarde, se supo que la nave que mandaba había naufragado y perecido toda la tripulación.

No fué así, porque el capitán González, — este era su apellido, — después de sostener por espacio de muchas horas una titánica lucha con las olas, consiguió llegar á tierra. Unos pescadores le recogieron y llevaron á su cabaña donde estuvo gravemente enfermo.

Su poderosa naturaleza venció la dolencia que estuvo á pique de llevarle al sepulcro, y un mes después, vióse el capitán completamente restablecido.

Pasó algún tiempo, y un buque que cruzó junto á aquella playa solitaria le recogió á su bordo restituyéndole á su patria después de algunos accidentes y una larga travesía.

Creo inútil decir el ansia que dominaba al marino por ver á su esposa, á la que suponía tristísima y cubierta de luto por la supuesta muerte de su marido.

Presa de gran emoción llegó á su casa, y esta emoción subió de punto al ver aquella vivienda herméticamente cerrada.

Preguntó que había sido de Rosalía, y le respondieron que hacía bastante tiempo que se había marchado con un caballero...

¡Qué dolor el del marino cuando supo la infame conducta de su esposa! ¡De aquella mujer que le juró fidelidad un día!... Fué perjura y arrastraba por el fango de la impureza el honrado apellido que el sin ventura capitán la otorgó en otro tiempo. ¡Cuánta infamia hay en algunos corazones!—exclamó el infeliz esposo.

Han transcurrido dos años.

El capitán González no quiso llevar el apellido que su esposa deshonraba y adoptó el de Rizo con el que lo he presentado á mis lectores.

Lanzóse con más ardor que nunca á la accidentada vida de marino: procuraba distraerse con sus ocupaciones de á bordo. ¡Trabajo inútil! Siempre tenía delante el recuerdo de su indigna mujer.

El carácter del capitán, de franco y decididor que antes era, habíase trocado en taciturno y melancólico: mas su desgracia no agrió su manera de ser; antes bien trataba con mucho cariño á los marineros, á los que llamaba sus hijos.

Ellos comprendían que en la vida de su capitán encerrábase algún misterio.

Una vez que entraron algunos marineros en el camarote de su jefe para recibir órdenes, viéronle sentado ante una mesa, sobre la que había un pequeño retrato de mujer que ocultó rápidamente. En otras ocasiones creyeron oír sollozos...

Digimos al principio de nuestro relato, que el capitán estaba en el puente de su buque entreteniéndose en mirar con el antejo la ciudad que tras de los muelles se extendía. Después comenzó á pasear y media hora más tarde mandó echar un bote al agua: trasladóse á la pequeña embarcación, y el ligero esquife deslizóse velozmente sobre el mar, al impulso de ocho remos.

Pronto atracó al muelle; el capitán saltó á tierra, y los cuatro marineros permanecieron en la chalupa que dulcemente se columpiaba al empuje de las olas.

El capitán Rizo dirigióse á la casa de su Consignatario que le recibió cariñosamente dándole pruebas de un verdadero afecto.

Rogó al marino sentárase con él á su mesa: accedió el capitán y media hora después saboreaban los exquisitos plato de un delicado almuerzo que hizo más agradable la presencia de la esposa del Consignatario, mujer de muy buen talento y de belleza poco común.

Cuando el café humeaba en las tazas, la conversación fué más animada.

A ruego de sus *anfitriones*, el capitán narró algunas de sus aventuras, con ese lenguaje tierno y florido peculiar de los marinos. Habló también de una fiesta marítima celebrada en XXX. Hubo baile en uno de los vapores surtos en el puerto; baile al que acudió la *crema* de la población. Todos los buques estaban empavesados y luciendo faroles de mil colores.

—¡Qué cuadro tan delicioso!—exclamó entusiasmada la dueña de la casa.—¡Cuánto daría por presenciar otra igual! ¡Aquello sería encantador, admirable!

—Magnífico era en efecto:—contestó el capitán,— y me considero dichoso al ofrecer á usted en justa reciprocidad á su galantería por haberme invitado á su mesa, una fiesta semejante, aunque no tan espléndida como aquella.

—¿Llevaríais la amabilidad hasta ese punto?

—Y conceptuándome muy honrado si ustedes aceptan. Mi vida es harto monótona: desde hace bastante tiempo tengo una pena que me aflige, y necesito movimiento, alegría, para ver si me contagio y olvido, aunque sea un momento, mi desgracia.

—¿Su desgracia!...

—Sí, mi desgracia. ¡Un drama del corazón como otros muchos! No quieran ustedes saberlo, porque no debe hablarse de cosas tristes en una casa como esta en la que todo respira felicidad... Decía,—prosiguió,— que me comprometo á obsequiar á ustedes con un baile á bordo de mi buque.

—Y yo,—añadió el Consignatario,— me obligo á mi vez, con el permiso de usted, á invitar algunas personas y á que los demás buques estén engalanados para que la fiesta resulte más brillante.

—Está dicho;—manifestó el capitán;—pasado mañana, á las diez de la noche, dará principio el baile.

¡Magnífico era el aspecto que presentaba el puerto! Todos los buques mostraban en sus costados, en sus palos, en su cordaje, multitud de faroles de colores distintos.

El vapor donde había de celebrarse el baile, estaba profusamente iluminado.

Los invitados al baile, subían por la escalera de babor y después de cruzar la cubierta, iluminada á la veneciana, bajaban cuatro peldaños y pasaban por el gabinete de lectura, encontrándose después en un magnífico salón en el que los ricos y muelles divanes guardaban relación con la hermosa alfombra y los grandes espejos.

Una elegante concurrencia andaba por aquella sala, en la que se olvidaba estar á bordo de un buque.

El capitán acudía á todas partes encontrando siempre una frase galante para las señoras y una palabra de afecto para los caballeros.

De repente, quedóse pálido como un cadáver y con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en la puerta del salón.

Acababa de entrar una señora acompañada de un caballero. La señora quedóse también inmóvil ante el capitán. El marino se acercó á aquella mujer y la dijo:

—¿Tú aquí?... ¿Llevas el cinismo hasta el extremo de presentarte ante tu marido ultrajado?

—¡Caballero!—interrumpió el que acompañaba á la mujer del capitán, pues era ella.

—¡Silencio, ladrón de honras!—contestó el marino; y dirigiéndose de nuevo á Rosalía, prosiguió:

—La idea de celebrarse esta fiesta en un buque, ¿no te recordó la profesión del hombre al que tan vilmente engañaste?... ¿No fué bastante para impedirte asistir á ella, el recuerdo de tu marido?

—¡Por favor!...—exclamó Rosalía.

—¿Me pides clemencia? ¿Acaso la tuviste conmigo? Quiero arrancarte la máscara, quiero que todos te desprecien como yo te desprecio, quiero...

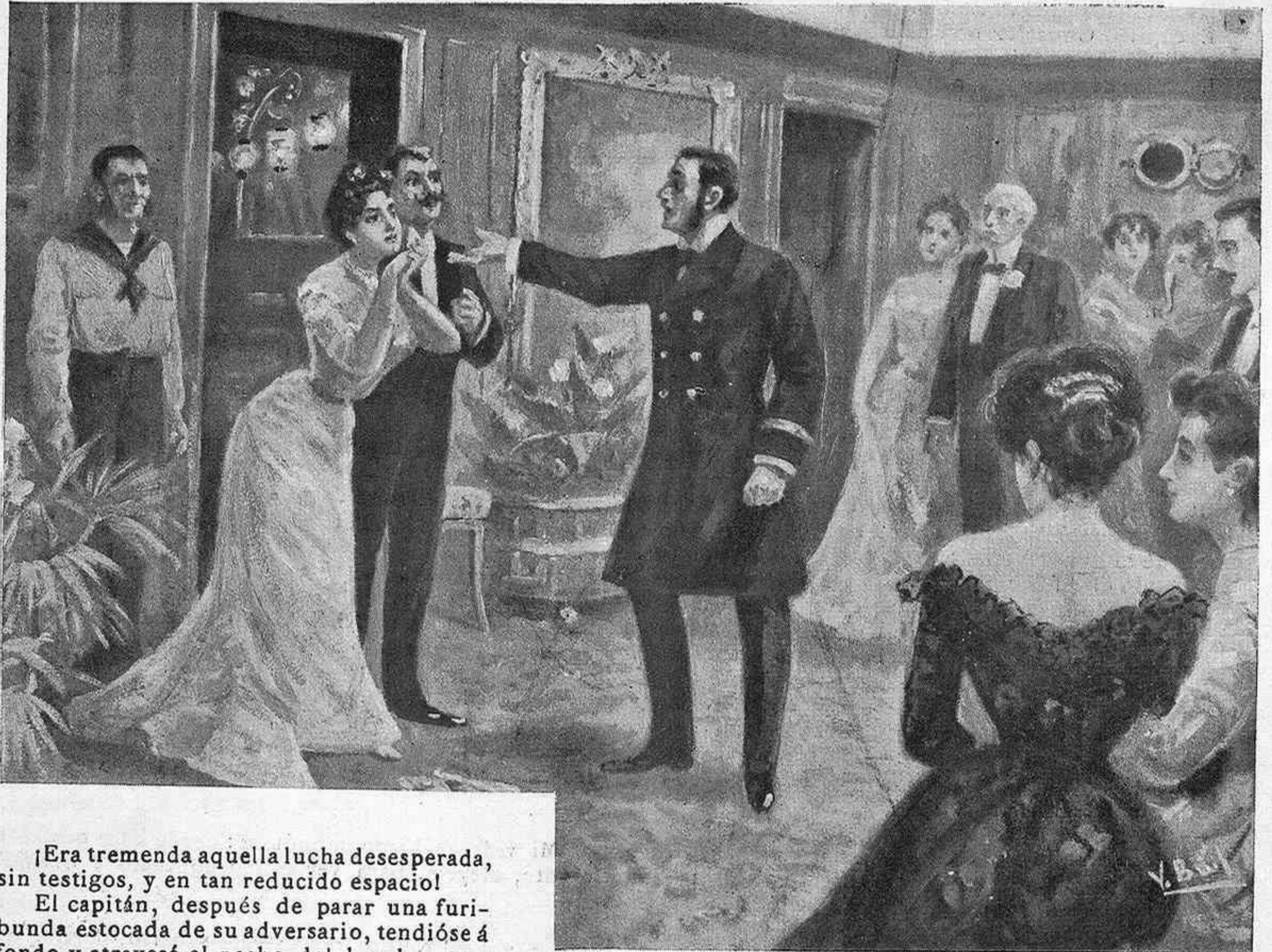
—¡Sois un miserable!—gritó en este momento el amante de Rosalía.

—¡Oh!... ¡Sangre!... ¡Necesito vuestra sangre!—rugió el marino;—¡venid conmigo!—Y encarándose luego con los invitados, exclamó:—¡Nadie se mueva!

Los dos rivales salieron y entraron en el camarote del capitán; éste tomó de una panoplia dos espadas, y arrojando una á los pies de su antagonista, dijo:

—¡Tomad ese acero y defendeos!

Las espadas se cruzaron... No se oía más que la respiración anhelosa de los combatientes, sus pisadas que resonaban en el entarimado y el choque mil veces repetido de los aceros.



¡Era tremenda aquella lucha desesperada, sin testigos, y en tan reducido espacio!

El capitán, después de parar una furibunda estocada de su adversario, tendióse á fondo y atravesó el pecho del hombre que mancilló su honor.

—¡Esto es horrible!...—murmuró el marino contemplando el ensangrentado cuerpo que á sus pies yacía.

Rápidamente acercóse á una mesa, abrió su cajón, sacó de él un retrato, ¡el de Rosalía! y besándole dijo:—¡Aún te amo, pero como mi vida es un infierno, me la quito!

Y tomando de nuevo su espada que había dejado caer en el suelo, apoyó en él la empuñadura, la punta en su pecho, sobre el corazón, y arrojóse sobre el arma cuya punta salió ensangrentada por la espalda.

Entre tanto, los invitados, pasado el primer momento de estupor, decidieron ir en busca del capitán y su contrario, con el fin de evitar una catástrofe. Dirigiéronse á la puerta del camarote, que hallaron cerrada; golpearon en ella, llamaron, gritaron y como nada oyeran, forzáronla y retrocedieron asombrados ante el tremendo espectáculo que se les ofreció...

¡Dos cadáveres, dos espadas, una en el suelo, otra atravesando el pecho del capitán; un mar de sangre!...

En aquel momento, una mujer se abre paso y entra en el camarote. ¡Era Rosalía! Mira con horror aquella escena de muerte, contraense sus facciones, llévase ambas manos al pecho y lanzando una estridente carcajada rueda sin sentido por el suelo. ¡Estaba loca!

Ilustraciones de V. BUIL.

F. DE TORRES Y GISBERT



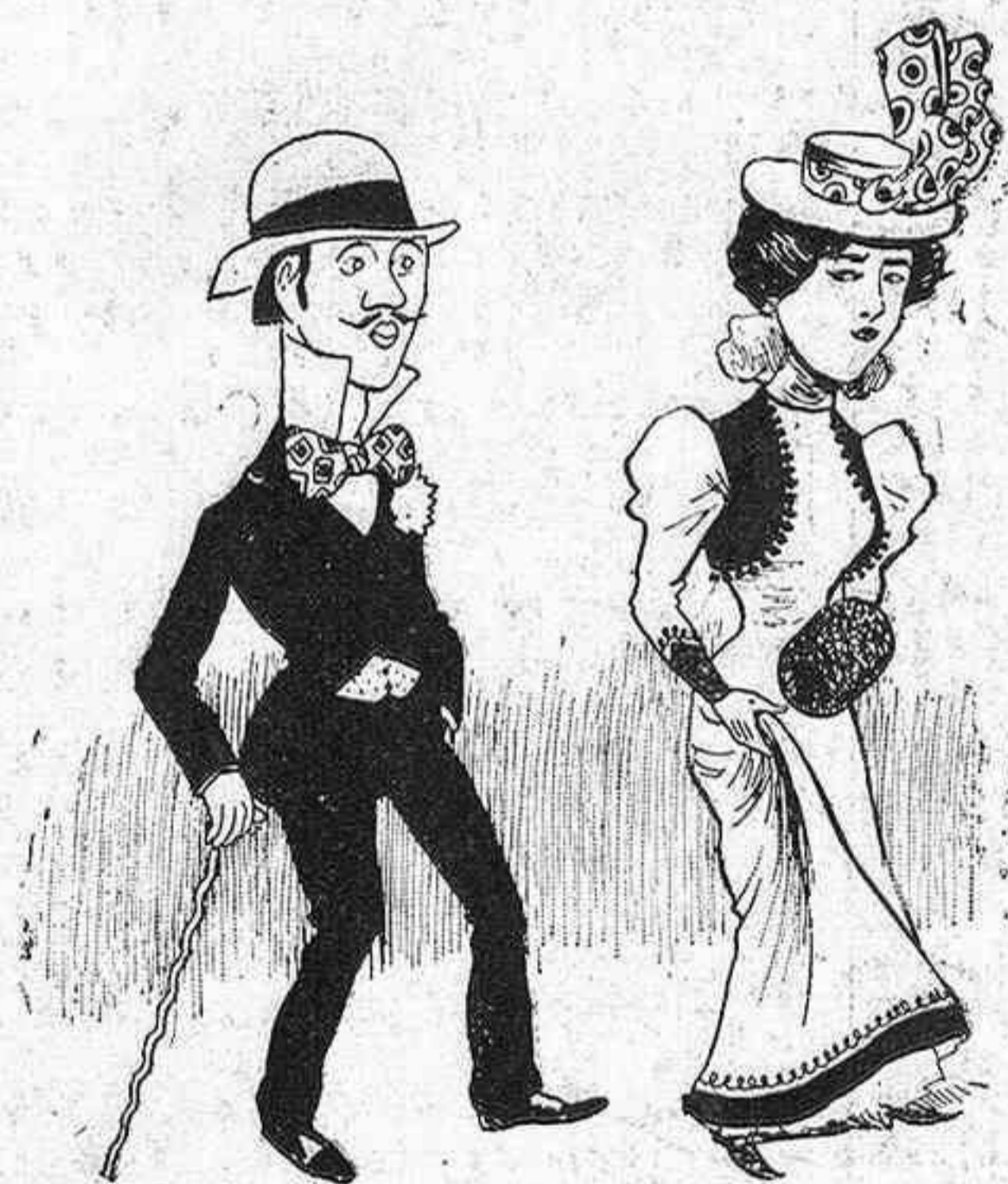
Un acorazado de primera.



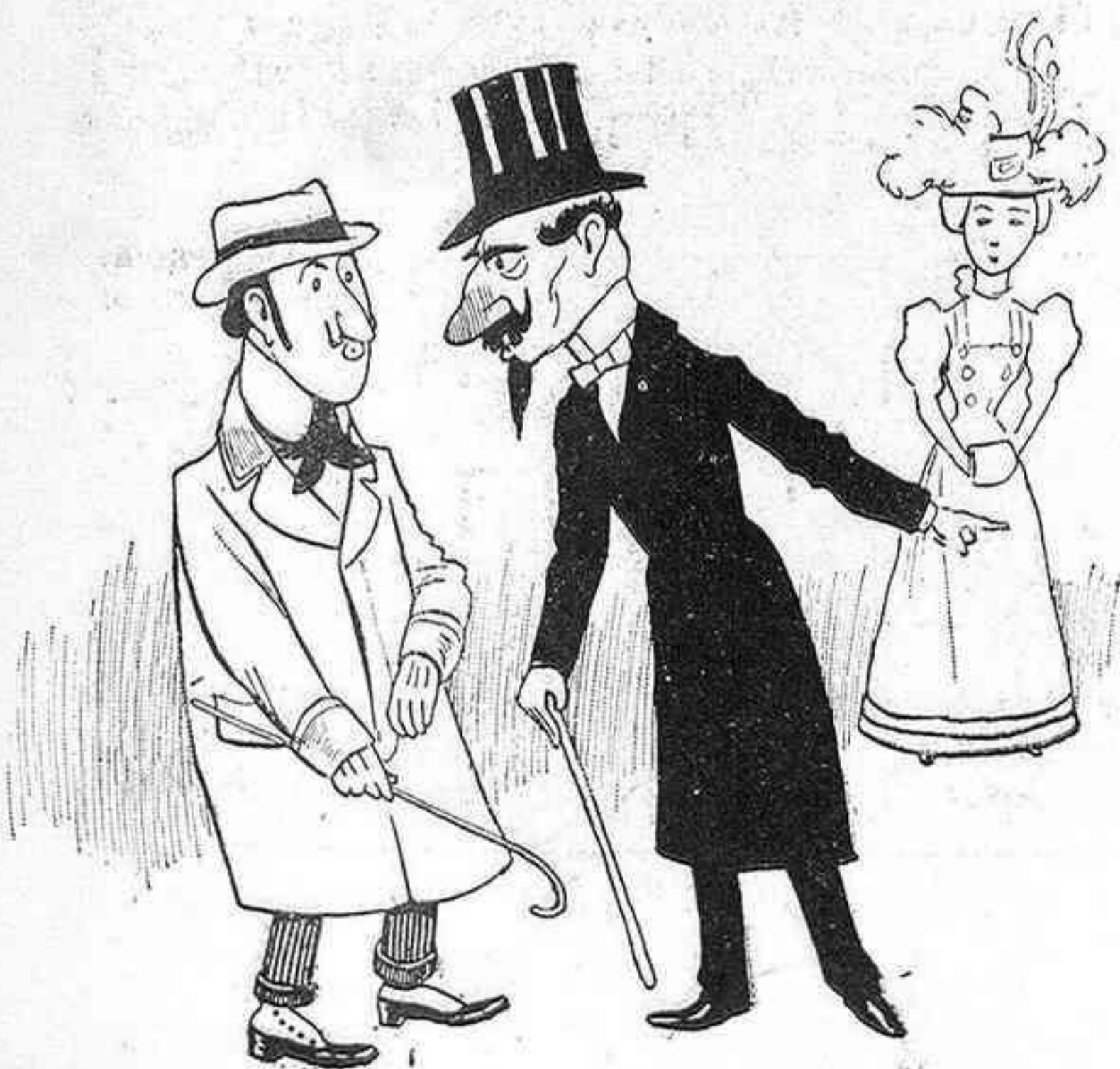
Un guarda-costas.



Un escampavías.



Un torpe-dero.



Un caza-torpe-deros.



Un aviso.

Xaudaró

